

causa en cualquiera de los motivos que dejamos anunciados, y no culpemos exclusivamente á la educacion y á la raza, como solemos hacerlo. *El mal radical de nuestra sociedad mexicana está en que no es armónica. Piénsese mucho en esto.*

Favorece en gran parte en los Estados- Unidos la asociacion, que no hay cuestiones religiosas, ni se indaga para favorecer á un hombre cuáles son sus creencias. Se ven frecuentemente tan felices enlaces entre protestantes y judíos, entre cristianos y turcos, que es un hábito respetar el ajeno sentir en estas materias.

La política, por otra parte, á nadie divide; el país está constituido y se desconoce el terreno de la conspiracion: los *polyticians* se ocupan de intrigas y de aspiraciones; pero esto es aparte, es como lo poco que se cuida el público de que haya maromas por San Pablo y ejercicios en la Villa de Guadalupe: maromeros y devotos hacen su negocio; pero á la masa del público no le afecta ni le conmueve que un maromero se descoyunte, ó que un devoto gane con una salve ochenta años de perdon de sus culpas.

Pero no solo en lo científico ó en lo literario, en las grandes empresas industriales y en la beneficencia y caridad la asociacion opera sus milagros, sino en reuniones de puro contentamiento y distraccion: el *Club* estrecha las voluntades y calienta los corazones extendiendo la órbita de las relaciones y los placeres.

Hay, no obstante, quien asigne al Club influencia perniciosa, diciendo que enfrian los afectos de familia, arrancando á los esposos del hogar y encendiendo en su corazon las propensiones á la soltería, la intemperancia y el despilfarro.

Acaso sea cierto; acaso sea uno de los motivos del apartamiento del hombre de negocios del bello sexo, haciendo insustancial á la mujer y amiga de las aventuras: yo no sé, ni es mi objeto entrar en semejante análisis; el hecho es que el Club tiene vida activísima, y los de California son centros en que se disfrutan las delicias de la buena sociedad.

Los más selectos Clubs son la Union, el Pacífico, y el Club de California: tiene merecida estimacion el Club alemán, la asociacion y el Club Hispano-Americano, de que hablaré despues.

El Club se instituye á expensas de los socios y se rige por sus reglamentos particulares.

Dispone el Club en general de grandes y elegantísimos salones en que hay su cantina con exquisitos vinos, sus mesas de billar en salas separadas, mesillas para jugar ajedrez y departamentos para los aficionados á la música y á las conferencias científicas y literarias.

Los amigos se agrupan ó se aislan acompañados de aquellos con quienes tienen mayores simpatías, se congregan los artistas, los dados á la lectura encuentran selectas bibliotecas y periódicos de todo el mundo, y muchas veces, sin pretenderse, se ajustan entre dos copas negocios, y se celebran transacciones que tal vez habrian sido difíciles fuera de aquel lugar.

Yo asistí al "Bohemian Club" (Club de los Bohemios).

Su reglamento particular acoge periodistas, artistas y gente de todas las naciones, con tal de que las aliente el espíritu de confraternidad y el buen humor.

Tiene mil prácticas extravagantes dirigidas á hacer más cordiales que lo comun las relaciones de los socios y quitarle

á la reunion la tiesura y las etiquetas, que son á veces incompatibles con la franca alegría.

Cada vez que se renuevan los oficios, el presidente pronuncia un discurso al frente de una enorme tetera que se pasea en procesion, y se rinden honores á un buho que se mantiene vivo y lleno de atenciones en uno de los salones del Club.

Pero en medio de esta gresca se verifican interesantísimas lecturas y conferencias que honrarian á los más encopetados cuerpos científicos y literarios.

Aunque el Club tiene el nombre de aleman, en el vulgo, hay socios de todas las naciones, y cuando la caldera de la cantina eleva el vapor, se produce en miniatura una torre de Babel, que no hay más que pedir.

Mi compañero en esas excursiones era el Lic. Pablo Newman, aleman al decir; pero que pertenece á la alta aristocracia del universo que se llama del talento y la virtud.

M. Newman habla español como Fígaro y conoce los modismos de México como el Pensador, tararea en francés un M. de Framboisy como pudiera hacerlo la Aimé, y se da cierto *chic* y sazona con su sal y pimienta las canciones de la Estudiantina Alemana.

En los negocios nadie es más grave y sesudo que M. Newman; pero luego que encuentra un resquicio para dar un puntapié á los códigos y á los comentadores taciturnos, despliega un carácter franco, jugueton, y es el bebedor más alegre y divertido, sin dejar nunca la finura de cumplido caballero.

Rubio, con unos desordenados rizos que se columpian sobre su ancha frente, nariz chata, boca grande, con dentadura

temeraria de blancura y de fuerza, regordete y de movimientos listos: tal es M. Newman.

Le veía una noche hacer más piruetas que de costumbre.  
—Muy alegre está vd., le dije....

—¡Oh amigo, eso no es de mi cuenta! Es esta pierna (mostrándome una de sus piernas) que se acuerda de su origen campestre....

En efecto, era una pierna de palo la que se regocijaba, con total independencia de su humanidad.

El Bohemian Club hizo al Sr. Iglesias la acogida á que es acreedor por su sabiduría y finura, distinguiéndose entre otras personas el Sr. Lohse, amigo entusiasta de México, que es uno de los ornamentos más preciados del Club de los Bohemios.

Pero lo que ha dejado en mi alma más vivos recuerdos, es nuestra visita al Club Hispano-Americano.

Es una preciosa estancia compuesta de cuatro salones y dos pasadizos, en uno de los cuales está como en modesto retiro una muy bien surtida cantina.

En el centro está el salon de tertulia.

A un lado se extiende la sala de billares, y al opuesto uno en que se suelen ajustar juegos de cartas, y el contiguo que funge de gabinete de lectura.

Españoles, hijos de las Américas hermanas y mexicanos, formaban la animada reunion.

Un jóven español, cuyo nombre, si mal no recuerdo, es Arrillaga, y un aleman, ambos eminentes profesores, hacían cantar divinidades al piano que adornaba la sala.

En la aurora del entusiasmo, llegaron dos caballeros vestidos de negro, que parecían retraídos.

Al rincón en que estaban llegó una arpa, y en pos de ella una guitarra, con cuyos instrumentos hicieron conocimiento los recién llegados.

A poco se oyó el cuchicheo de la arpa y el primer carcajeo de la guitarra: M. Newman estaba en medio de la pieza radiante de alegría.

Aquellos eran eminentes artistas; sus instrumentos expresaron el requiebro y la zandunga, y el clamoreo sentimental, y el suspirar apasionado por la patria ausente.

Apareció el Champaña desbordándose, como tendiéndonos los brazos, escoltado por M. Newman, los Gaxiolas, Pepe Shleidem, Andrade y no sé cuántos más.

Nos rodeamos á una mesilla que estaba en el centro de la sala, donde se colocó el Champaña, y un caballero nombrado por todos los socios del Club, nos dió la bienvenida en los términos más elocuentes y sentidos.

Habló el Sr. Iglesias con la corrección y elegancia con que sabe hacerlo, hablaron Gomez del Palacio y Velasco, y yo dije cuatro atrocidades de piés cortos, que se publicaron en los periódicos.

Estaba en su colmo el contento: Labiaga quería torrentes de Champaña hasta para los que paseaban en la calle.

Nuestros amigos Salvatierra y Ferrer, que eran los artistas de arpa y guitarra, nos convertían en armoniosos y divinos los recuerdos de México; Benitez con sus modales finísimos se aislaba con unos amigos, formaban grupos, enlazados de los brazos, americanos, mexicanos y españoles, y Carrascosa me llamaba aparte para echar un trago entre carcajadas y palabras extra-diccionario, por nuestras memorias juveniles, como Cleto y Venancio en la Gallina Ciega.

—¿Te acuerdas de aquellas costurerillas de que éramos los Tenorios?

—¡Cállate! ¡cállate!

Despertóse á varios la impaciencia de que yo hiciese versos sin cesar: en medio de aquel barullo, yo comencé el que sigue, apuntándolo con un lápiz sobre la rodilla y arrebatándomelo de las manos sin concluir para darle lectura, porque lo que importaba era dar pábulo á la comun alegría, y allá va:

Más vino á mí: que mi razón se finja  
El ruido atronador de los festines:  
Que mujeres de faz de querubines  
Me den sonriendo el tósigo á beber.

Que produzcan los ecos del contento,  
Ráfagas de huracán, notas extrañas:  
Bebed! bebed, que se arden mis entrañas  
Y tiene el labio inextinguible sed.

Bebed! bebed; pero á la vez ansiosos,  
Vosotros ilusiones, yo el olvido,  
Bebed, para que apague mi gemido,  
El ruidoso tumulto del gozar.

Y en esas olas en que envuelve el iris  
Entre el oro del ópalo, la llama,  
No mireis que furtivo se derrama  
Con llanto acerbo de mi pena el mar.

¿Dónde estoy? Esas calles, esos ecos,  
Esas bellas... sus gracias y su lloro,  
No son tuyos ¡oh patria á quien adoro!  
Nada me dicen, para mi alma á mí.

¿Dó están las hadas que en mis negros sueños  
Fúlgidas pasan, mis dolores viendo,  
Y á mí sus brazos, con amor tendiendo,  
Porque tal vez por siempre las perdí?

Que alce el Yankee palacios en los mares;  
Que de férreo tendón doten al viento,  
Para que tenga cuerpo el pensamiento,  
Riele el éter, el espacio voz.

Que entre el triunfal hosanna del trabajo  
Levanten los alcázares su frente;  
Que pase sobre el cuello del torrente  
Envuelto en humo rápido el vapor . . . .

Todo lo pueden ellos; ellos pueden  
Convertir en espléndidas naciones  
De mi patria infelice los girones,  
Botín de engaño, presa de baldón.

Todo lo pueden ellos; mas no pueden  
Arrancar á mi patria su nobleza:  
Ni robar á su espléndida belleza  
Su heróico, su divino corazón.

Más vino á mí, ¡bebamos! á la patria,  
Que más se adora, cuánto más ausente . . . .  
Que disipen las sombras de mi frente  
Sus recuerdos dulcísimos de amor . . . .

Que se despliegue el lábaro latino  
Refulgente en los cielos del progreso . . . .  
Copa de mis amigos . . . . en mi beso  
Recoge con ternura . . . . mi ovación . . . .

No estoy cierto si he descifrado con fidelidad los garabatos medio borrados del lápiz, pero ellos alentaron el contento; Carrascosa me los aprobó sorbiendo sin tiquis ni miquis, como él dice, una copa en que se podía bañar un cristiano.

Hemos visto, bajo el aspecto que parece más trascendental y frívolo, la asociación; pero si la consideramos con sus verdaderos caracteres, veremos que ella realiza esas obras gigantescas, esas empresas titánicas que como que borran en la historia los recuerdos de Egipto y Babilonia.

Surcan los vientos, comunican los mares, taladran las montañas, encadenan el desierto, ahogan la distancia entre los dos brazos de los rieles.

En la ciudad, la asociación derrama sobre la cabeza del pueblo las aguas puras de la instrucción, recogen al huérfano, alivian los dolores del enfermo, ofrecen apoyo al anciano, desposan en alianza bienhechora al capital con el trabajo, y decoran como morada del placer, el triste asilo de la muerte.

En San Francisco hay más de cien sociedades de beneficencia, excluyendo las sociedades masónicas, que son muchas, y de que no pude tener conocimiento.

Los caballeros de Pitias tienen una firme organización, con doce logias que le están subordinadas (1869).

El antiguo orden de los Hibernianos que cuenta nueve (1869).

Asociación de socorros mútuos de los hombres de color (Reed Men).

Idem de la Grande Armada, organizada en 1867 por socorro de soldados y marineros.

Antigua orden de Druidas, para socorro de forasteros desvalidos.

Casi todas las congregaciones religiosas sostienen instituciones de beneficencia, generosamente dotadas por los creyentes.

La Sociedad de Jóvenes Cristianos es una de las que procuran mayores beneficios á California: cuenta con una magnífica librería.

La asociacion para alivio de muchachos y muchachas desamparados, ha contribuido muy eficazmente á mejorar la condicion de la juventud en San Francisco.

Para no cansar al lector copiando la larga lista de los establecimientos de caridad, de educacion y de mejora, diré que casi no se ha manifestado una necesidad que no haya procurado socorrer la asociacion, desde la casa en que el niño se inicia en la vida, hasta la tumba en que descansan los restos de los mortales.

## IX

El Parque.—Cliff House.—El Woodward's Garden.

**A**PROVECHANDO los accidentes del terreno, las hondas cuencas, las empinadas lomas que corren desde el centro de la ciudad, como los pliegues caprichosos de una lona mal desdoblada, hasta la orilla del mar, se ha formado el Parque, sembrando de árboles las sinuosidades y laderas, convirtiendo las hondonadas en jardines y cruzando con amplias calzadas de menuda arena el recinto bastante espacioso, que remeda un laberinto de árboles y flores limitado por el mar, que se rompe en la orilla á veces, y á veces como que se retira para que transiten en la playa carruajes y caballos. El conjunto de la perspectiva es de una belleza superior á todo encarecimiento.

Al caminar por las cañadas que forma el terreno, flotan sobre nuestras cabezas las copas de los árboles, y vamos